

miento. Así hay también en la *Tragedia* de Immermann algunas exterioridades del todo arbitrariamente creadas, aun el héroe mismo, el centro del sentimiento, es idénticamente soñado, y aunque esta forma de sueño parece hasta quimérica, es, no obstante, conforme á la verdad. El barón Hormayr, que puede ser el juez más competente en este punto, me hizo fijar en dicha circunstancia, cuando hace poco tuve el gusto de hablarle. La vida mística del alma, la religiosidad supersticiosa, lo épico del hombre, todo lo ha expuesto Immermann con fidelidad completa. Representó fidelísimamente á aquella fiel paloma, que con el cortante acero en el pico, como el Amor guerrero, se cernía con tan heroico valor sobre las tirolesas montañas hasta que las balas de Mantua atravesaron su fiel corazón.

Pero lo que más gloria da al poeta es precisamente la fiel pintura del vencedor, del cual no ha hecho un furioso Gessler, para realzar mucho más á su Hofer; como éste es una paloma con espada, aquél es un águila con rama de oliva.

## CAPÍTULO VIII.

En el cuarto de la hospedería del señor Niederkirchner, en Insbruk, veíanse colgados, unos al lado de otros, en buena inteligencia, los retratos de Andrés Hofer, Napoleón Bonaparte y Luis de Baviera (1).

La propia Insbruk es una ciudad inhabitable y aburrida. Tal vez en invierno parece algo más poética y agradable, cuando las altas montañas que la circuyen están cubiertas de nieve, los aludes producen sordo rumor y el hielo cruje y centellea por todas partes.

Encontré las cimas de aquellos montes ceñidas por nubes á manera de grises turbantes. Allí se ve la roca de San Martín, teatro de la más deliciosa leyenda imperial, y, sobre todo, la memoria del caballeresco Maximiliano vive y resuena aún en el Tirol.

En la iglesia de la corte están las tan celebradas estatuas de los príncipes y princesas de la casa de Aus-

(1) Este capítulo es el VI de la versión francesa, en la que este primer párrafo ha desaparecido, comenzando del modo siguiente:

«Sonando estaban las doce, cuando entré en Innsbrück» (sic)

tria y de sus mayores, entre los cuales se cuentan muchos que, seguramente hasta ahora, no han podido comprender cómo han logrado honor semejante. Son mucho más que de tamaño natural, fundidas en hierro, y están colocadas en torno del sepulcro de Maximiliano. Pero la iglesia es pequeña y baja de techumbre, de modo que le parece á uno estar viendo figuras negras de cera en algún puesto de feria. En el pedestal de la mayor parte de ellas se lee el nombre de cada uno de los altos personajes á quienes representan.

Hallábame contemplando las estatuas, cuando entraron unos ingleses en el templo. Un hombre flaco y de abobada fisonomía, con los pulgares enganchados en las aberturas de brazos de su chaleco blanco, y con una *Guide des voyageurs*, en pasta, entre los dientes; detrás de él la larga compañera de su vida, señora, ya no muy joven, algo descarnada, pero todavía bastante bella (1); trás ella un colorado semblante de *porter* con vuelillos blancos de polvo, marchando muy tieso en un traje de tal, y con las huesudas manos cargadas con los guantes de *milady*, flores de los Alpes y el doguillo.

La hoja de trébol subió como tirada á cordel hacia el extremo superior de la iglesia, donde el hijo de Albión empezó á explicar á su esposa las estatuas, con arreglo á su *Guide des voyageurs*, en la que iba leyendo minuciosamente:—«La primera estatua es la del rey Clovis, de

(1) En la versión francesa: *señora en la flor de su decadencia, pero aún suficientemente (épaisse) gruesa*, mientras el original dice (*schöne*) *bella*.

Francia; la segunda del rey Arturo, de Inglaterra; la tercera de Rodolfo de Habsburgo, y así sucesivamente. Pero el pobre inglés había comenzado la fila por arriba, en vez de comenarla por abajo, según lo exigiera la *Guide de voyageurs*, y así incurría en los más chistosos trueques, que se hacían aún más cómicos, cuando al llegar ante una estatua de mujer la tomaba por la de un hombre y viceversa, así que no comprendía por qué razón habrían representado á Rodolfo de Habsburgo en traje de mujer, y al contrario, á la reina María con férreas perneras y dilatadísima barba.

Yo, que presto gustoso el auxilio de mi saber, hice de paso la observación de que tal vez aquello fuera una exigencia de la indumentaria de la época, y hasta pudiera haber sido voluntad expresa de los mismos augustos personajes que se les vaciara en aquella forma y no en otra, como también se le podía ocurrir al actual emperador hacerse representar con guarda-infante y hasta en mantillas. ¿Quién podría afirmar lo contrario?

El dogo ladró en son de crítica; el lacayo abrió desmesuradamente los ojos; su señor se rascó la nariz, y *milady* exclamó:—«*A feine exhibition, very fine indeed!*» (1).

(1) *¡Bonita exposición, muy bonita, en verdad!*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## CAPÍTULO IX.

---

Brixen fué la segunda ciudad más grande del Tirol que visité. Está situada en un valle, y cuando llegué á ella se hallaba sumergida en los vapores y las sombras de la tarde. En la calma del crepúsculo, al melancólico son de las campanas, los rebaños volvían á sus apriscos, los hombres á las iglesias; respirábase por doquier asfixiante olor de ridículas efigies de santos y de heno seco.

Poco antes había leído en el *Hesperus*: «Los jesuitas están en Brixen.» Los busqué en torno mío por todas las calles, pero á nadie vi que me pareciera jesuita, á no ser cierto hombre grueso con sombrero clerical de tres picos y negro casacón de corte eclesiástico, que por lo viejo y raído contrastaba extraordinariamente con su calzón nuevo y brillante.

Ese no puede ser un jesuita, dije al fin, hablando conmigo mismo, pues yo siempre me he figurado que los jesuitas eran algo flacos. Pero ¿hay realmente todavía jesuitas? Tentado estoy muchas veces de creer que su existencia es sólo una quimera, que los crea en nuestra imaginación no más que el miedo que les tenemos, aun mucho después de pasado el peligro, y toda la ojeriza

29143

que tenemos á los jesuitas me recuerda entonces á esas personas que cuando ya hace tiempo que cesara de llover, aun van por la calle con el paraguas abierto. Si, á veces se me ocurre que el diablo, la nobleza y los jesuitas sólo existen durante el tiempo que en ellos se cree. En cuanto al diablo podemos afirmarlo con entera seguridad, pues hasta ahora sólo le han visto los creyentes. Por lo que respecta á la nobleza, transcurrido algún tiempo podemos abrigar la esperanza de que la *buená sociedad* dejará de ser la *buená sociedad*, tan pronto como el buen burgués no tenga ya la bondad de tenerla en semejante concepto.

Pero ¿y los jesuitas? ¡Al menos ya no usan calzones viejos! Los antiguos jesuitas descansan en la tumba con sus viejos calzones, su codicia, sus planes universales, sus ardides, distingos, reservas y venenos, y lo que ahora vemos deslizarse por el mundo, con flamantes calzones, es, más bien que su espíritu, su espectro, un absurdo é imbécil espectro que diariamente trata de probarnos con palabras y obras cuán poco temible es, y en efecto, nos recuerda la historia de un espectro análogo del bosque de Thuringia, que, en otro tiempo, quitaba el miedo á las gentes que de él se asustaban, separándose, á vista de todo el mundo, la calavera de los hombres, y mostrándoles así que estaba interiormente hueco y vacío.

Por último, no puedo menos de referir que hallé ocasión de observar más de cerca al hombre grueso de los flamantes calzones, para convencerme de que no era un jesuita sino todo un ordinario borrego de Dios; pues le

encontré en el comedor de mi posada, donde iba á cenar en compañía de un hombre alto y flaco á quien llamaba Excelencia, tan semejante al viejo hidalgo solterón pintado por Shakespeare, que parecía que la naturaleza había cometido un plagio.

Ambos sazocaban su comida asediando á la sirviente con sus caricias, que á la amable y gentil muchacha parecían fastidiarle no poco, hasta que, como el uno le diera palmaditas en el dorso y el otro hasta intentara abrazarla, se desprendió de ellos con violencia. Entonces le dijeron las más obscenas palabrotas, sabiendo que la infeliz no tenía más remedio que escucharlas, pues habia de permanecer en la habitación para servir á los huéspedes y ponerme la mesa. No obstante, cuando tal inconveniencia se hizo insoportable, de pronto, abandonándolo todo la joven, salió precipitadamente, y minutos después reapareció en el comedor con un pequeñuelo en los brazos, conservándole en ellos durante todo el tiempo que sus ocupaciones la obligaron á permanecer allí, á pesar de que así le era más difícil acudir al servicio. Mas los dos camaradas, el eclesiástico y el señor aristócrata, no se atrevieron á volver á molestar en lo más mínimo á la joven, quien á su vez siguió sirviéndoles sin rencor, pero con extraña seriedad.

La conversación tomó otro giro, charlaron ambos sobre el manoseado tema de la gran conjuración contra el altar y el trono, se entendieron acerca de la necesidad de adoptar rigurosas medidas, y se estrecharon más de una vez la mano en señal de santa alianza.

## CAPÍTULO X.

---

Para conocer la historia del Tirol son indispensables las obras de José de Hormayr; es el mejor narrador de su historia novísima, á veces la única fuente (1). Es éste para el Tirol lo que Juan de Müller para Suiza, y el paralelo entre ambos historiadores es cosa que se ocurre espontáneamente. Ambos están, por decirlo así, pared por medio: ambos en su juventud sintieron el mismo entusiasmo por sus natales Alpes; ambos fueron diligentes investigadores de recuerdos históricos y levantados sentimientos; Juan de Müller da forma épica al espíritu que late en la historia del pasado, José de Hormayr, de sentimiento pronto, se fija más en el presente, y arriesga desinteresadamente la vida por lo que ama.

La *Guerra de los campesinos tiroleses en el año de 1809*, de Bartholdy, es un libro entusiasta y bellamente escrito, y si se le notan algunos defectos, son los que naturalmente resultan de que el autor, cosa propia de toda alma elevada, sentía por el partido vencido una

---

(1) El resto del párrafo falta en la versión francesa.

predilección visible, y de que cuando él los describió aun envolvía los hechos el humo de la pólvora.

Muchos hechos notables de aquel tiempo no se han descrito aún, y sólo viven en la memoria del pueblo que ahora no habla de ellos con gusto, pues le despiertan el recuerdo de alguna esperanza frustrada. Los pobres tirolese han tenido que hacer todo género de experiencias, y cuando se les pregunta si han obtenido en premio de su lealtad lo que en momentos de apuro se les prometiera, se encogen tranquilamente de hombros y dicen con la mayor sencillez: «Quizás no se tomó en serio, y luego, como el Emperador tiene mucho en qué pensar, ha de olvidársele algo.»

¡Consolaos, pobres diablos! No sois los únicos á quienes se ha hecho alguna promesa. Con frecuencia ocurre en los grandes buques negreros, que, durante una horrible tempestad, cuando se ve en peligro el buque, se demanda el auxilio de los mismos negros que yacen amontonados en el fondo de la obscura cala. Se rompen sus férreas cadenas y se les promete santa y lealmente otorgarles la libertad, si con su esfuerzo se llega á salvar el barco. Los miopes negros al verse arriba, á la luz del día, gritan: ¡hurrah!, corren á las bombas, bregan con todas sus fuerzas, ayudan donde hay que ayudar, trepan, saltan, desmochan los mástiles, enrollan los cables, bajan, en fin, hasta que el peligro ha pasado. Entonces, como es de suponer, los vuelven á bajar á la cala, los vuelven á encadenar convenientemente, y en su obscura miseria hacen demagógicas consideraciones acerca de las

promesas de los traficantes en almas, cuyo único cuidado, una vez que el peligro pasa, es cambiar algunas almas más.

¡O navis, referent in mare te novi  
Fluctus! etc. (1).

Cuando mi viejo profesor explicaba esta oda de Horacio en que se compara el Estado (2) á un buque, tenía que hacer toda clase de consideraciones políticas, que suspendió bien pronto, así que se dió la batalla de Leipzig, y se dispersó toda la clase.

Mi viejo maestro lo había previsto todo. Cuando recibimos la primera noticia de la batalla, meneó su cana cabeza: ahora sé lo que esto significaba. Pronto llegaron las narraciones circunstanciadas, y se mostraban misteriosamente unos á otros las abigarradas cuanto edificantes pinturas, en que se representaba á los generales en jefe de los ejércitos dando gracias á Dios arrojados en el campo de batalla.

—Sí, bien pueden dar gracias á Dios—decía mi maestro, y sonreía como solía hacerlo cuando explicaba á Salustio;—con tanta frecuencia los ha zurrado el emperador Napoleón, que al fin tenían que aprender ellos á hacerlo.

Entonces vinieron los aliados, las detestables poesías á la independencia, Hermann y Tusnelda, los ¡hurrah!

(1) ¡Oh nave, nuevas olas te vuelven á alta mar!

(2) El original dice: *der Senat*, quizás por errata.

la sociedad de damas, las encinas patrias y las eternas fanfarronadas de la batalla de Leipzig, y dale y vuelta con la batalla de Leipzig.

—Les sucede á estas gentes— hacia notar mi maestro—lo que á los tebanos, cuando lograron al fin batir una vez en Leuctra á los invencibles espartanos, que siempre estaban jactándose de la tal batalla (1), hasta que Antístenes les dijo :—«Hacéis lo que los niños, que se ponen fuera de sí de alegría cuando una vez logran vapulear al maestro.» ¡ Más valía, hijos míos, que nosotros hubiéramos recibido el vapuleo !

Poco después murió el pobre anciano; sobre su tumba crece la hierba de Prusia, y allí van á pacerla los nobles corceles de nuestros renovados caballeros.

(1) Como los portugueses de la de Aljubarrota.

## CAPÍTULO XI.

Los tirolese son bien conformados, pacíficos, honrados, valientes, y de una limitación de espíritu inconcebible. Son una raza de hombres sanos, tal vez porque son demasiado estúpidos para estar enfermos. Aun me atrevería á llamarles raza aristocrática, porque son muy remilgados en cuestión de alimentos y muy puleros en sus costumbres; solamente carecen por completo del sentimiento de la dignidad personal.

Tiene el tirolés una especie de servilismo sonriente y humorístico, con cierto tinte casi irónico, pero en el fondo, de honradas intenciones. Las mujeres te saludan, desde luego, en el Tirol amigablemente, y los hombres te estrechan la mano con tal fuerza, y gesticulan con tan aparatosa cordialidad, que te tratan como á un pariente próximo, ó al menos como á su igual; más, á pesar de esto, están muy lejos de echar en olvido que ellos no son más que unas pobres gentes y que tú eres un distinguido caballero, que seguramente ves con gusto que las pobres gentes se ponen sin cortedad á tu nivel. Y en este punto poseen un certero instinto natural, que los estirados aristócratas se alegran de encontrar ocasión de humani-

zarse, pues esto mismo les proporciona el placer de apreciar la altura á que se hallan colocados.

En su país ejercen los tirolesees este servilismo gratis, pero en el extranjero procuran lucrar con él, y ponen precio á su persona y á su nacionalidad.

Esos abigarrados vendedores de mantas, esos avispados *bua* tirolesees, que vemos vagar, vistiendo su traje nacional, siempre tienen á mano una chanzoneta, pero has de comprarle alguna cosa. Los hermanos Rainer, que estuvieron en Inglaterra, lo entendían aún mejor, y tenían, sobre todo, un buen consejero, como es el conocer bien el espíritu de la nobleza inglesa; de aquí su buena acogida en el foco de la aristocracia europea en *the west end of the town* (1).

Cuando el verano pasado vi á estos cantantes tirolesees, vistiendo el traje de su país, pisar las tablas del brillante salón de conciertos del mundo elegante de Londres, y escuché aquellas canciones, cuyos sonidos de falsete (2), con tanta sencillez y dulzura, repercuten en los Alpes del Tirol, y resuenan con tal atractivo en nuestros corazones alemanes del Norte, sentí que toda mi alma era presa de la mayor amargura. Las plácidas sonrisas de aquellos distinguidos labios me mordían cual serpientes; me parecía ver insultada con las mayores obscenidades la castidad de la palabra alemana, y profanados por ex-

(1) El extremo Oeste de la ciudad.

(2) Los tirolesees cantan en falsete, como los aragoneses entre nosotros.

trañas gentes los más dulces misterios de su vida afectiva. No pude aplaudir como los demás aquella desvergonzada prostitución de lo que hay de más pudibundo, y un suizo que abandonaba el salón, presa de los mismos sentimientos que yo, hizo esta observación exactísima:

—«Nosotros los suizos vendemos muchas cosas, nuestros mejores quesos y lo mejor de nuestra sangre, pero no podemos oír en país extraño el sonido del cuerno de los Alpes, y mucho menos hacerle sonar nosotros mismos por dinero» (1).

(1) En la versión francesa, donde este capítulo resulta muy maltratado, sobre todo en el primer párrafo, en vez del *cuerno de los Alpes (Alphorn)* se lee, *le Ranz des vaches*, aire suizo, que sin duda sería uno de los cantados por los hermanos Rainer, que oído por los suizos fuera de su país, despierta en ellos la nostalgia del mismo (*heimweh*), y que estaba prohibido por esta razón en los cuarteles de tropas suizas en Francia. Lo mismo sucede entre nosotros á los gallegos y vascongados y á todos los montañeses.



## CAPÍTULO XII.

---

El Tirol es muy bello, pero los más hermosos paisajes no pueden embelesarnos cuando la atmósfera está anubarrada y el ánimo en una disposición parecida, y esto es en mi consecuencia de aquello; así que como llovía fuera, hacía también en mi interior mal tiempo. Sólo de cuando en cuando me atrevía á sacar la cabeza fuera de la ventanilla del coche, y entonces veía montañas que llegaban al cielo, que me contemplaban seriamente, y, con sus monstruosas cabezas y largas barbas de nubes, se inclinaban á mi paso, deseándome feliz viaje. Observaba acá y allá algún montecillo azulado por la distancia, que parecía alzarse sobre las puntas de los pies y mirar, con gran curiosidad por encima de los hombros de las demás montañas, probablemente para verme. Al mismo tiempo regañaban por doquiera los arroyos del bosque, precipitándose de las alturas como locos para ir á juntarse en los oscuros remolinos del valle.

Los hombres se estaban metidos en sus lindas y limpias casitas, que yacían diseminadas sobre las colinas, en las más abruptas pendientes y hasta sobre las cimas de los montes; lindas y limpias casitas, provistas general-

mente de una larga galería abalconada, adornada á su vez con ropa blanca, imágenes de santos, tiestos de flores y rostros de muchachas. Dichas casitas están además bonitamente pintadas, por lo menos de blanco y verde, como si también vistieran el traje tirolés, compuesto de calzón verde y camisa blanca.

Cuando veía yo tales casitas en medio de la solitaria lluvia, deseaba mi corazón á veces subir y llegar hasta aquellos hombres, que de seguro se hallaban secos y cómodamente sentados. Allá adentro, pensaba, se debe vivir en amable intimidad, y la decrepita abuela, de seguro refiere los más maravillosos cuentos. Mientras el coche proseguía su inexorable marcha, volvía yo con frecuencia la vista atrás, para ver elevarse las azuladas columnas de humo de las pequeñas chimeneas, y llovía cada vez más recio, fuera y dentro de mí, hasta caerme casi de los ojos las gotas.

Alzabase con frecuencia mi corazón, y, á pesar del mal tiempo, trepaba hasta aquellas gentes que viven encaramadas en las montañas y apenas si descienden de ellas una vez en la vida, y saben poco de lo que aqui abajo sucede, pero que no por eso son menos piadosas y felices. De política no saben más que tienen un emperador que viste casaca blanca sobre calzones rojos, según han oído referir al anciano tío, que á su vez lo oyó en Innsbruck á Sepperl, el negro, que estuvo en Viena. Si ahora trepasen los patriotas hasta sus moradas y les hiciesen saber de elocuente manera, que van á tener un príncipe que usa casaca azul y calzón blanco, echarían mano á

sus carabinas, besarían á sus mujeres é hijos, descenderían de sus montañas, y se dejarían matar por la casaca blanca y el antiguo y querido calzón rojo (1).

En el fondo, igual da morir por una cosa que por otra, con tal que se muera por algo que nos es querido, y más vale una muerte entusiasta y leal, que una vida fría y desleal, puesto que solamente los cantos dedicados á semejante muerte, sus dulces rimas y brillantes frases caldean nuestro corazón, cuando el aire húmedo de la niebla y los importunos cuidados pretenden enfriarle y entristecerle.

Muchos de estos cantos sonaban en mi corazón al cruzar las montañas tirolesas. Los familiares bosques de abetos traían con su murmullo á mi memoria cierta frase de amor ya olvidada; especialmente cuando los grandes lagos azules de la montaña me miraban con insondable anhelo, pensaba en los dos niños que se amaron tanto y murieron juntos. Es una historia harto antigua, en la que ya hoy no cree nadie, y de cuya canción yo mismo apenas sé más que algunas rimas:

«Eran ambos dos hijos de reyes,  
Enlazados por bien dulce afecto,  
Y reunirse los dos no podían,  
Que era el agua profunda en extremo.....»

Estas palabras comenzaron á sonar espontáneamente en mi interior, al ver á orillas de aquellos azules lagos,

(1) Como nuestros vascongados.

á la parte de allá un niño, y á la de acá una niña, ambos en el pintoresco traje del país, con sus puntiagudos sombrerillos verdes, con cintas en la cabeza, lindísimamente vestidos, que se enviaban y devolvían saludos.....

«Y reunirse los dos no podían,  
Que era el agua profunda en extremo.»

### CAPÍTULO XIII.

---

En el Tirol meridional aclaró el tiempo; el sol de Italia dejó ya sentir su cercanía; fueron haciéndose más templadas y brillantes las montañas; vi ya cepas que trepaban, enredándose á los árboles, y pude alargar con más frecuencia la cabeza fuera del coche; pero cuando sacaba la cabeza, se iba mi corazón tras ella, y con mi corazón todo su amor, su melancolía y su locura. Sucedió con frecuencia que mi pobre corazón se viera desgarrado por las espinas al acercarse á las zarzarrosas que florecían en el camino, y las rosas del Tirol no tienen nada de feas.

Al pasar por Steinach vi la plaza en que Immermann pone en escena al hostelero Hofer y sus colegas, y noté que era harto pequeña para una reunión de insurgentes, si bien continúa siendo bastante grande para enamorarse uno en ella. Allí no hay más que un par de casitas blancas, y desde una ventanilla acechaba una joven hostelera, que apuntó é hizo fuego con sus grandes ojos. Si con tal rapidez no ródara el carruaje y hubiera tenido tiempo de cargar nuevamente, hubiera sido hombre muerto.—¡Arrea, cochero—exclamé;—no hay que gas-

tar bromas con semejante bella sílfide, que le lanza á uno la casa ardiendo á la cabeza! (1).

Á fuer de viajero formal, debo hacer constar que la señora hostelera de Sterzing es ciertamente una señora de edad; pero, en cambio, tiene dos hijas jóvenes que, no bien se acaba uno de apearse, le caldean el corazón con su presencia bienhechora. ¡ Pero no me es dado olvidarte á tí, la más bella de todas, á tí, bella hilandera de la frontera de Italia! ¡ Ah, si tú me hubieras dado, como Ariadna á Teseo, el hilo de tu huso, para guiarme en el laberinto de esta vida, á estas horas el Minotauro estuviera vencido, y yo eternamente á tu lado, brindándote mi amor y mis caricias!

Es buena señal que sonrían las mujeres, dice un escritor chino, y un escritor alemán era también de esta opinión, cuando, en el Tirol meridional, donde comienza Italia, pasó por delante de una montaña, á cuyo pie, sobre un dique no muy alto de piedra, hallábase una de esas casitas que con su familiar galería y sus sencillas pinturas nos contemplan tan cariñosamente. Á un lado veíase un gran crucifijo de madera, que servía como de apoyo á una cepa nueva, de modo que ofrecía cierta horrible apacibilidad el ver cómo abrazaba la vida á la muerte, los verdes y frondosos pámpanos los brazos y piernas del crucificado Salvador. Al otro lado de la casita veíase un redondo palomar, cuyos alados moradores revoloteaban de un lado á otro, y una lindísima

(1) En la versión francesa falta este punto.

paloma blanca se posó sobre la punta del airoso tejadillo que se adelantaba á manera de piadoso dosel que corona la efigie de un santo, sobre la cabeza de bella hilandera.

Hallábase ésta sentada en la pequeña galería, é hilaba, no con arreglo al procedimiento de las hilanderas alemanas, sino según aquella primitiva manera en que se sujeta debajo del brazo la rueca henchida de cáñamo, y el hilo se va liando en torno del huso, suspendido en el aire. Así hilaron las hijas de los reyes en Grecia; así hilan aún las Parcas y todas las italianas. Ella hilaba y sonreía; la paloma permanecía inmóvil sobre su cabeza, y á su vez se elevaban tras de la casa las altas montañas, cuyas nevadas cumbres abrillantaba el sol, dándoles la apariencia de una sombría guardia de gigantes con las cabezas cubiertas con bruñidos cascos.

Ella hilaba y sonreía, y yo creo que hiló también mi corazón, en tanto que el carruaje cruzaba con alguna más lentitud la ancha corriente del Eisach, que se precipitaba del otro lado del camino. En todo el día no se apartaron de mi memoria sus amados rasgos, que parecía que un escultor griego los hubiera modelado con el perfume de una rosa blanca, tan tiernísimamente aéreos, con nobleza tan archidivina, como si los hubiera soñado allá en su juventud en una florida noche de primavera.

Seguro es que ningún griego hubiera soñado sus ojos, y mucho menos los hubiera comprendido; mas yo los vi, y comprendí á aquellas estrellas románticas que iluminaban con mágica luz aquella magnificencia antigua. Du-

rante todo el día me persiguieron aquellos ojos, y con ellos soñé la noche siguiente.

Continuaba sentada y sonriendo; las palomas revoloteaban de un lado para otro, cual ángeles de amor; la del blanco plumaje movía místicamente las alas sobre su cabeza; alzábanse tras ella, cada vez más imponentes, los encasquetados guardias; ante ella corría el arroyo, cada vez más torrencial y salvaje; las cepas estrechaban con más angustiosa precipitación la crucificada imagen que se movía dolorosamente, abría los dolientes ojos y sangraba por sus heridas.....; pero ella hilaba y sonreía, y al extremo del hilo que partía de su rueca, á guisa de huso que voltea sin reposo, pendía mi propio corazón.

#### CAPÍTULO XIV.

Á medida que el sol resplandecía en el cielo, cada vez con más belleza y magnificencia, y envolvía en velos de oro montañas y castillos, iba habiendo más calor y más luz en mi corazón, mi pecho todo volvía á llenarse de flores, éstas brotaban y crecían lozanamente hasta llegar más arriba de mi cabeza, y entre estas flores, surgidas de mi corazón, sonreía de nuevo con expresión celeste la hermosa hilandera. Sumido en semejante ensueño, yo que soy otro tal, llegué á Italia, y como en el camino había casi olvidado que á ella me dirigía, casi me asusté cuando me contemplaron por doquiera los grandes ojos italianos, y cuando la pintoresca vida de Italia salió á mi encuentro en tropel, corpórea, ardiente y rumorosa.

Tuvo esto lugar en la ciudad de Trento, donde llegué un hermoso domingo por la tarde, á la hora en que el calor cede y los italianos se levantan y pasean las calles de arriba abajo. Esta ciudad, vieja y destrozada, está rodeada por un extenso círculo de verdes y floridas montañas, que cual divinidades eternamente jóvenes, contemplan desde sus alturas la frágil obra de los hombres.

Quebradiza y frágil yace á su lado la altiva fortaleza, que en otro tiempo dominara la ciudad, fabuloso edificio de fabulosos tiempos, con agujas, resaltos, almenas y una voluminosa torre redonda, en que sólo moran al presente buhos é inválidos austriacos. También la ciudad misma es de fabulosa construcción, y queda uno admirado, á primera vista, ante estos primitivos edificios, con sus frescos borrosos, sus mutiladas imágenes de santos, sus torrecillas, balconadas, ventanillas con reja y aquellos frontones voleados que en forma de soportal descansan en grises, viejos y débiles pilares que á su vez necesitan de apoyo.

Tal aspecto sería en extremo melancólico si la naturaleza no hubiera refrescado aquellas piedras inertes con nueva vida, si la dulce vid no abrazara íntima y tiernamente aquellos ruinosos pilares, como abraza la juventud á la vejez, y si no se asomaran á los sombríos arcos de aquellas ventanas dulces rostros de doncellas que se ríen del alemán recién llegado, que, cual un sonámbulo en su pesadilla, va topeteando entre las ruinas cubiertas de flores.

Era realmente víctima de un sueño, pero de un sueño en que quería uno recordar lo que otra vez había soñado. Contemplaba uno por uno los edificios y los hombres, y estaba por creer que estas casas las había yo visto en sus días mejores, cuando sus lindas pinturas estaban aún brillantes de color, cuando los dorados ornamentos de los frisos de sus ventanas no estaban aún tan ennegrecidos, y cuando la marmórea Madonna, que tiene el niño

en brazos, aún ostentaba su hermosísima cabeza, que ahora el tiempo iconoclasta tan brutalmente ha destrozado.

Los rostros de las mujeres ancianas me parecían conocidos, me hacían el efecto de como si hubieran sido arrancados de aquellos antiguos cuadros italianos que un día, siendo muchacho, viera en la galería de Düsseldorf. También los ancianos me parecían conocidos tiempo ha olvidados, que me miraban severamente desde el fondo de un siglo. Las traviesas muchachas tenían á su vez algo de seres que murieron ya hace una centuria, y que han resucitado, recobrando su lozania, hasta el punto de producirme calofrío, pero un dulce calofrío, como el que una vez sentí cuando en la solitaria media noche imprimí mis labios en los labios de Maria, mujer admirablemente hermosa, cuyo único defecto entonces era el estar muerta.

Pero al fin tuve que reirme de mí mismo, y llegué á pensar en que toda la ciudad no era otra cosa que una linda novela que había leído en otro tiempo, ó más bien, que yo mismo había compuesto, y ahora me hallaba bajo el encanto de mi propia poesía, y me asustaba de los seres que yo mismo creara. Quizá también, pensaba, todo esto no es más que un sueño, y de buena gana hubiera dado un *thaler* (1) por recibir un bofetón, solamente por convencerme, mediante él, de si estaba despierto ó dormido.

Poco faltó para que obtuviese este artículo á más

(1) Moneda de plata de unos 15 reales.

infimo precio, cuando en un ángulo de la plaza fui á tropezar con una gruesa vendedora de frutas. Pero se contentó con arrojarme á la cabeza algunos higos nada fantásticos, con lo cual adquirí la convicción de hallarme en plena realidad, en medio de la plaza del mercado de Trento, junto á la gran fuente, de cuyos tritones y delfines de cobre brotaban con fuerza argentados surtidores de agua, á propósito para despertarle á uno deliciosamente (1).

Hallábase á la izquierda un antiguo palacio cuyos muros estaban decorados con figuras alegóricas, y sobre cuya terraza se adiestraban en el heroísmo algunos encanecidos soldados austriacos (2). A la derecha había una caprichosa casita gótico-lombarda, en cuyo interior resonaba dulce y ligera una voz de muchacha tan traviesa y alegremente, que los desmoronados muros se estremecían de placer ó de puro viejos, en tanto que arriba se asomaba á una ventana ojival una cabellera negra laberínticamente rizada, á estilo de comedianta, y bajo la cual adelantábase un rostro flaco, de contornos duramente acusados y cubierto de carmín sólo en la me-

(1) Este punto ofrece en la versión francesa algunas variantes: en vez de *se contentó con arrojarme á la cabeza algunos higos nada fantásticos*, se lee: *se contentó con devorarme (m'engueuler) á fuerza de improperios (jurons)*. Y al fin, .... *junto á la gran fuente*, etc., dice: *cuyos tritones y delfines de cobre lanzaban de una manera muy apetitosa su agua clara como de plata*; pero el texto dice: *gar lieblich ermuterná* (completamente deliciosa para despertar).

(2) En la versión francesa falta el adjetivo *encanecido (grau)*.

jilla izquierda, como un buñuelo que no se ha frito más que por un lado. Y ante mí, se elevaba la antiquísima catedral, ni grande ni sombría, sino semejante á un anciano apacible, que inspira confianza y atrae por su misma vejez (1).

(1) En la versión francesa el final de este punto no traslada bien la idea del original, pero en cambio no está falto de consonantes: *ni grand, ni sombre, barbon riant, vicilli à point, aimable et engageant*.

## CAPÍTULO XV.

---

Apenas eché á mi espalda el cortinón de seda verde que cubría la entrada del domo, y penetré en la casa de Dios, sentí refrescarse agradablemente mi cuerpo y mi corazón en el delicioso ambiente que allí se respiraba, y á la tibia y mágica luz que á través de las pintadas vidrieras se derramaba sobre el devoto concurso. En su mayoría estaba compuesto de mujeres, arrodilladas en largas filas é inclinadas sobre bajos reclinatorios. Oraban no más que con un leve movimiento de labios y se echaban aire continuamente con grandes abanicos verdes, de modo que no se oía más que un casi imperceptible seseo, ni se veía más que abanicazos y velos ondulantes.

El crujido de mis botas turbó más de una bella devoción, grandes ojos católicos me miraron entre curiosos y enamorados, y de buena gana me aconsejaron arrodillarme de igual modo y echar una siesta espiritual.

Verdaderamente, semejante catedral, con su amortiguada luz y su fresco ambiente es una agradable mansión, cuando fuera de ella ciega el resplandor del sol y el calor asfixia. No se puede uno formar idea de esto en



nuestra protestante Alemania del Norte, donde las iglesias no están construidas con tales comodidades, donde la luz penetra tan descaradamente á través de las racionales é incoloras vidrieras, y hasta los frescos sermones no protegen suficientemente del calor.

Digase lo que se quiera, el catolicismo es una buena religión de verano. Se encuentra uno bien reclinado sobre los bancos de este antiguo domo, se disfruta allí de una fresca devoción, de un santo *dolce far niente*; se ora, sueña y peca con el pensamiento; las *madonnas* miran tan misericordiosamente desde sus hornacinas, hasta, pensando como mujeres, perdonan que hayamos mezclado sus divinos rasgos en pecaminosos pensamientos, y por último, hasta hay en cada ángulo un obscuro asiento (1) para las necesidades de la conciencia, donde puede uno descargarse de sus culpas.

En una de estas sillas estaba sentado un joven religioso de serio continente; el rostro de la dama que confesaba sus culpas se ocultaba á mis ojos, en parte por el velo, y en parte por la tabla lateral del confesionario; pero quedaba fuera de ella una mano visible, cuyo aspecto me llenó de estupor. No podía apartar mis ojos de aquella mano; la azulada red de sus venas y el arisotocrático brillo de sus blancos dedos me eran extraordinariamente familiares, y toda la potencia soñadora de

(1) La versión francesa dice: *un établissement en bois brun*. Y más abajo: *dans un semblable boutique*. Pero la palabra del original es *Nothstuhl*.

mi espíritu se puso en actividad á fin de crear un rostro que pudiese corresponder á aquella mano.

Era una hermosa mano, no como esas que se ven en las muchachas jóvenes, medio cordero, medio rosa, pero desprovistas de idealismo, manos mixtas de animal y vegetal; aquella tenía más bien algo de espiritual, cierto atractivo histórico, como las manos de las personas bellas muy bien educadas ó que han sufrido mucho. Aquella mano tenía además un no sé qué de conmovedora inocencia, pues parecía no necesitar confesarse y hasta no querer oír lo que su dueña confesaba, parecía como esperar á la parte de afuera á que aquella terminase. Pero la cosa se prolongaba; la dama debía tener muchas culpas que confesar. No pude esperar más tiempo; mi alma imprimió sobre la hermosa mano un invisible beso de despedida, y en el mismo momento se estremeció, exactamente como la mano de la difunta María solía estremecerse cuando yo la tocaba.

—¡Poder de Dios!—pensé.—¿Qué hace en Trento la difunta María? Y me apresuré á salir de la catedral.